

MARTÍN CHIRINO, O EL HIERRO EN VUELO ESTÁTICO

Hay artistas con facilidad, con habilidades múltiples sociales, manuales, intelectuales, familiares, políticas, que les permiten situarse, con cierta rapidez, en una parcela de la creación artística más o menos valiosa, pero efectiva en su momento, y prosperar en ella hasta lo que permitan sus talentos y las circunstancias. Otros artistas, por el contrario, queman su vida en un constante e interminable aprendizaje, que parece que nunca llegará a verse completado. Son éstos los artistas nunca satisfechos, siempre inquietos, que no hallan la calma.

Por poco que se conozca a Martín Chirino ya se sabe que él pertenece al segundo de los grupos enunciados, por su desgracia y por su suerte. Por su desgracia si se considera que sufre más que otros artistas hasta alcanzar lo que alcanza; por su suerte, si se considera que ningún arte valioso en verdad surgió nunca de la facilidad, ni de las "habilidades" extra-artísticas.

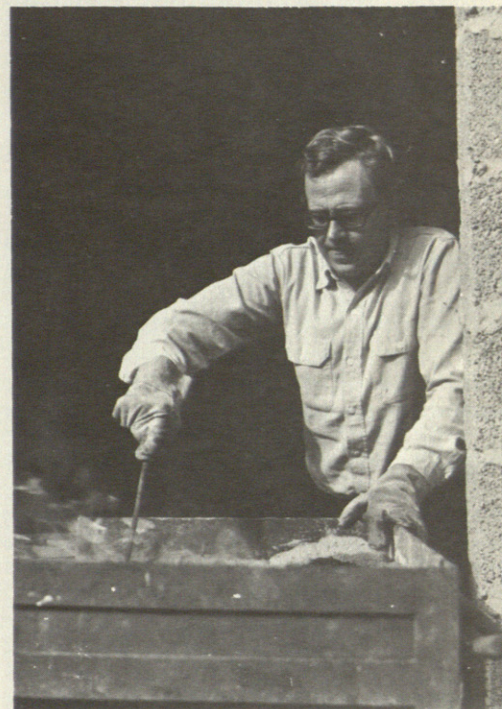
Isleño, de las Canarias, pero isleño sólo por localización de nacimiento, no por carácter, Martín Chirino confiesa que las islas le producen claustrofobia (incluso las islas grandes, como Inglaterra). Primera de sus contradicciones, pero determinante en su personalidad: la imposibilidad de vivir, de convivir, en el ambiente familiar vernáculo, lo que le obliga a una constante búsqueda de nuevos horizontes. Entendiéndose por éstos no sólo horizontes físicos, sino primordialmente, los intelectuales y vivenciales. Hay raíces muy difíciles de guiar, casi imposible de controlar, ellas ordenan conductas y actitudes que a veces nos parecen contradictorias. "El sufrimiento nos amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo que, condenado a la decadencia y a la aniquilación, ni siquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del mundo exterior, capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables; por fin, de las relaciones con otros seres humanos. El sufrimiento que emana de esta última fuente quizá nos sea más doloroso que cualquier otro". (1).

¿Cómo puede el individuo evitar esos sufrimientos? Diversos son los procedimientos y uno de los más expeditivos es: "El aislamiento voluntario, el alejamiento de los demás, es el método de protección más inmediato contra el sufrimiento susceptible de originarse en las relaciones humanas". (2). El propio artista lo escribió en su día: "Cuando descubro la vida de los hombres me siento disparado hacia una huida incesante. Los veo enredados en la aceptación cotidiana de las cosas como en un mundo de máscaras que me es ajeno. Encuentro mi existencia a contrapunto de lo vulgar en un afán irreprimible hacia la sinceridad total. Nada tengo de esas verdades concretas de que la vida en torno mío se nutre... Es tal la inestabilidad que me produce el contacto de los hombres, que tengo que palparme nerviosamente y auscultar mi más profunda esencia en la raíz que me sustenta. Lo que pueda parecer simple postura al observador superficial, una pose como otro cualquiera, es

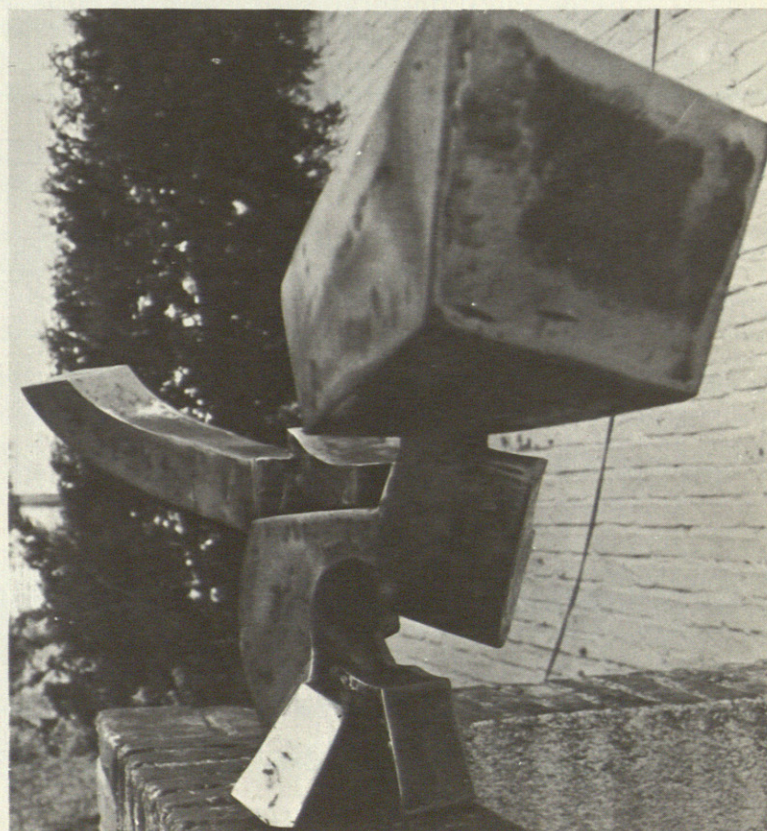
un alma arrancada de cuajo. No es un matz, es el sufrimiento entero y macizo del ser que soy. Nada de lo que digo podrá entender quien no sienta en su piel el viento helado de la angustia. Cuesta dolor, ciertamente, el estar hecho de distinta manera y vivir en el vértigo ante el abismo de lo distinto". (3).

Martín Chirino, hijo en una familia numerosísima de trece hermanos, en la que no había existido ningún antecedente artístico; vocado al arte por propia naturaleza, inadaptado al entorno familiar; su aprendizaje fue difícil, lento y costoso. Martín Chirino ha tenido que realizar muchos trabajos para subsistir: profesor de inglés y de otras diversas materias docentes; estudiante en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, sección de escultura, carrera académica totalmente inoperante para él; aprendiz de herrero en talleres de forja de Valladolid y de Sevilla; intelectual insaciable, lector al día de cuantas teorías filosóficas, vitales, exotéricas, puedan producirse; él no es un espectador más, participa con angustia en la marcha del mundo y buscando se busca y caminando trata de encontrar el reposo.

Su inquietud de cada día le llevó a la escultura, al arte más difícil, más austero, que menos componendas y engaños admite. Y Martín Chirino eligió el hierro, que calienta, que temple en la fragua, que lentísimamente va doblando, que lima, que corta, que retuerce, que ensambla, con el mismo cuidado que el



herrero construye el arado, el martillo o la azada. Las horas no cuentan para él sobre el yunque que tiene instalado en el taller de su casa de San Sebastián de los Reyes (pueblo cercano a Madrid). Tan próximo está el taller a



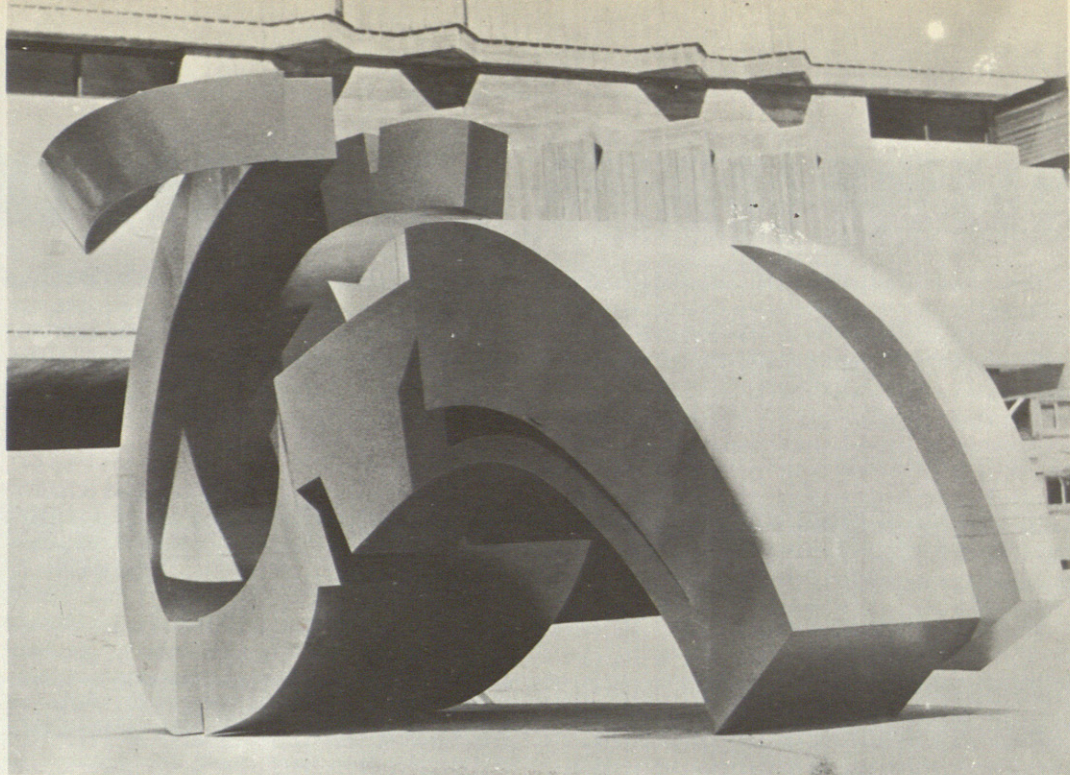
"Escultura"
hierro forjado

la vivienda, que sólo hay que abrir una discreta puerta para penetrar en uno o en otra. Con esa paciencia artesanal, con esa inquietud cerebral, ha ido creciendo la escultura de Martín Chirino. Otros que empezaron cuando él han conseguido más, pero sólo en apariencia; han conseguido eso que también puede conseguir el que tiene la suerte de acertar alguna lotería. El verdadero artista no puede ir deprisa y si su obra no está basamentada, fundamentalmente, en el dolor y en la insatisfacción personal pronto llegará a percibirse su endeblez.

“Martín Chirino es un escultor. No un escultor de otros tiempos. No un superviviente, sino un viviente escultor”. Esto lo escribió Angel Ferrant en 1959, a los cuatro años escasos en que Chirino había mostrado sus primeras esculturas. Si ahora, aquel atormentado y gran creativo que fue Angel Ferrant, pudiese ver las obras del que, en gran manera, fue su discípulo, tendría muchísimos más motivos de satisfacción que tuvo entonces. “Viviente escultor” yo añadiría, además, viviente y muriente escultor: viviente, por la vitalidad que imprime, que transmite a sus esculturas; muriente, porque en esa verdadera gestación deja mucho de su vida para que pueda alumbrar el nuevo ser. La escultura de Martín Chirino ha ido creciendo con el tiempo igual que crece un ser vivo, una criatura orgánica. De aquellas casi herramientas, lineales, esquemáticas, simplificadas, ha pasado a construcciones tan rotundas como la escultura de gran tamaño colocada recientemente delante de la nueva sede del Colegio de Arquitectos de Santa Cruz de Tenerife. Escultura que, por su audacia, por su dinámica potente, por sus dimensiones inusitadas, la colocan a la cabeza de la escultura española contemporánea, muy por delante de todas las demás. Martín Chirino no se ha vendido al mejor postor, ni ha realizado encargos vergonzantes, de esos que sonrojan por igual al que los firma y al que los contempla; ni se ha embalado en frivolidades hechas con urgencia y facilidad de “souvenir” invadiendo media España con ellas. Ha sabido esperar, aunque desesperarse en la espera, pero no sentado a la puerta de su casa, sino enfrascado en la penumbra con rojez de su taller, meditando, leyendo, entre los muros blanqueados de la vivienda, casi monástica, que para él trazó Antonio Fernández Alba.

Martín Chirino tiene en su frente arrugas prematuras, las manos llenas de durezas, la cabeza plena de músicas compartidas. Sólo una cosa no ha cambiado en él: el color de los cristales oscurecidos con los que vela sus ojos, ojos quemados de contemplar tan de cerca el fuego, tal vez de contenidas lágrimas. El escultor ha caminado paso a paso, con fatigas, con desasosiegos; en el camino sigue ¡pobre del que crea que ha llegado ya a algún sitio! Lo importante es saber que el camino existe, que se hace transitable y que compensa el marchar por él. “La orientación estética de la finalidad vital nos protege escasamente contra los sufrimientos inminentes, pero puede indemnizarnos por muchos pesares sufridos. El goce de la belleza posee un particular carácter emocional, ligeramente embriagador”. (4).

Cuando una persona sublima sus miserias humanas, sus sufrimientos congénitos, puede decir, con razón, que se ha realizado vitalmente,



“Lady”, escultura en chapa soldada, pintada en color rojo brillante, colocada frente al nuevo colegio de Arquitectos de Santa Cruz de Tenerife.

aunque en su obra se perciban todas las huellas, porque: “Es lo trágico lo que, bajo mil formas transperceptivas, a través de mil obstáculos disolventes, invoca el artista desde el fondo de su conciencia automática... En fin de cuentas, se termina por reconocer que el alma del artista lo es todo en su obra, que él extrae del mundo exterior y configura de acuerdo con su talento en una enigmática alquimia. Y, en efecto, ahí es donde está el problema del arte”. (5).

Martín Chirino ha sabido poner alas a sus flaquezas. Y ha podido. Con esas alas de su inquietud, de su dedicación, ha logrado el hierro en vuelo estático, ¿vuelo estático? ¿no es esto una contradicción, asociar la movilidad

cambiante del vuelo a la cualidad de la inmovilidad? Aunque fuese una contradicción no sería la única en Chirino, pero no lo es ya que la estática es aquella parte de la mecánica que estudia las leyes del equilibrio y Martín Chirino lo ha estudiado casi todo.

(1) Sigmund Freud: “El malestar en la cultura”, Alianza Editorial. Madrid 1970.

(2) S. Freud: obra citada.

(3) “Papeles de Sn Armadans” Palma de Mallorca, abril 1959.

(4) S. Freud: obra citada.

(5) S. Lupasco: “Nuevos aspectos del arte y de la ciencia”. Edt.: Guadarrama, Madrid 1968.

De las formas lineales, como de herramienta de las primeras esculturas de Martín Chirino, ha pasado ahora a las formas rotundas, dinámicas, vitalistas

